

C A R L O S D E L A V I Ñ A

No conocíamos a Carlos de La Viña y serán contados quienes lo conozcan como poeta. Ha sido un amigo suyo quien le ha roto el secreto y nos ha traído estos deliciosos poemas que él ocultaba en sus soledades y que nosotros nos complacemos en lanzar al viento, en la seguridad de que los lectores de EGAN habrán de agradecerérselo.

P O E M A S

El nombre del barco

A Félix Azpillicueta

“...Y le pondré tu nombre
cuando tenga mi barco.”

El marinero niño hablaba con su madre.

... ..

El marinero niño pasó tres, cuatro años...
aprendiendo los duros trabajos del hombre de mar,
enganchado a las redes,
codicioso de peces alzados,
impaciente de escamas,
viscoso de brea;
grumete atrevido con sueños de espera.

... ..

“...Y le pondré tu nombre
cuando tenga mi barco.”

El marinero joven hablaba con su novia.

... ..

El marinero joven pasó tres, cuatro años...
con el cuerpo doblado,
descargando carbones con brillo de plumas de pájaros tristes,
por Dios sabe qué puertos;
y fumando... o mascando un tabaco
más fuerte y moreno que el hombro dolido,

... ..
“...Y le pondré tu nombre
cuando tenga mi barco.”

El marinero, no tan joven..., hablaba con su hijo.

... ..
El marinero, no tan joven..., pasó tres, cuatro años...

limpiando la cubierta de un barco para ricos;
provisto de salones, piscina y otros lujos
—¡la verdad, poco barco!—,
y tirando después lo barrido
a la faz encrespada del mar sin piedad.

... ..
“...Y le pondré tu nombre
cuando tenga mi barco.”

El marinero viejo hablaba con él mismo.

... ..
El marinero viejo pasó tres, cuatro años...

amarrando las naves de otros hombres
esclavos de vientos, de estrellas, de espumas, de sales...,
que hallaron más suerte;
o, sentado en el muelle, entre cajas y redes y sacos y cuerdas,
pensando en sus pocas monedas guardadas
en la cómoda enorme y panzuda,
junto a algunos retratos durmientes...

... ..
Una noche, la Muerte le dijo al anciano marino en el puerto:
“¡Tu barco... y mi nombre!”

Y se fueron los dos por el mar de lo eterno, abrazados.

Análisis de sangre

Para Agustín Ansa

Pensaba:

“esos tubos de ensayo que contienen mi sangre
¿no sentirán mi vida latiendo en el cristal?

¿A quién,

a quién se le ha ocurrido analizar la sangre?

(Y esas manos horribles, parecidas a garfios,
con alas de vampiro,

¿por qué no se detienen ante el misterio humano?)

¡Fuera,

fuera las batas blancas,

los títulos pomposos y los gorros de sabios!

¡No pretendáis decirme que mi sangre no vale!...”

Desecada, la boca gustaba las encías

con un placer ingenuo, sin pronunciar palabra,

y los ojos miraban el líquido extraído

con pena de perderle

—igual que si mirasen los ojos de los dioses

la flor dilapidada del propio sacrificio...—;

los ojos o carbones, en brasas de rescoldo,

de un cuerpo como planta menguada en su substancia.

¡Oh sed de propia sangre!:

¡granado que quisiera tomarse sus granadas!...

“¡Mi sangre a la vergüenza del analista equis!

(¡Qué disparate, hombres, si la sangre es divina
y no debe mirarse sin persignarse antes!)

¿Qué me dirá que ha visto flotando por mi savia?
¡Pobre sangre enfriada al contacto del mundo
indiferente, helado!...

¡Pobre sangre que lleva, sin encontrarlo nadie,
el peso de mis sueños, de mis pasiones altas,
de mis pasiones tristes!...

¡Pobre sangre privada de su querido dueño:
de su dueño insaciable,
enamorado;
de su dueño poeta que llora con los perros,
que duerme con los pájaros, que avanza con el agua,
que espera con el valle, que piensa con el chopo,
que juega con el ciervo, que ríe con la fragua
de algún herrero loco, que tiembla con el musgo,
que canta con el pobre gusano medio enfermo!...

¡Pobre sangre!...: la misma que manchaba
pupitres del colegio; la misma que empapaba
rebujos de pañuelos, en goterones limpios,
apenas comenzaban ya muertas primaveras;
la misma que marcaba tatuajes algo inciertos
de dulces iniciales en un brazo sin vello...;
la misma que, en los labios, supo decir...: ¡te quiero!

El espantapájaros

Enhiesto, en los maizales, el loco espantapájaros
se muere de tristeza, burlado, incomprendido.
los pájaros le huyen...; se esconden en sus nidos.
Crucificado, el pobre, remeda a Jesucristo.

Si hace calor, se quema;
se hiela si hace frío.

Sus negras soledades, al menos, le han servido
para pensar muy hondo.
(Pensamientos hermanos de los surcos heridos.)

Yo sé que es elegido del padre Sufrimiento;
que ha de tener su gloria por humilde y sencillo:
¡yo sé que es elegido!...

Pero se muere, el pobre, haga calor o frío...,
se muere de tristeza;
y piensa en su sino.

El aire le estremece..., y le hace dar un giro
al sombrero abollado que fué de un peregrino
que se volvió poeta.

Pero se muere, el pobre...;
¡aunque siempre está vivo!

.....
Sucedió sin pensarlo —sin pensarlo los vivos...—;
una alondra celeste que al esperpento loco
jamás había visto,
al mirarle..., ¡le quiso!
porque viéndole feo,
remendado y grotesco, pensativo y burlado...;
le notó algo divino...:
un encanto lejano de misterio y de abismo,
un encanto lejano...;
¡y por eso le quiso!

.....
Ya no está solitario; que yo mismo le he visto...,
ya no está solitario el muñeco de palo,
ya no está solitario...:
¡en su cruz hay un nido!

Tú vienes...

Tú vienes

—brisa que advierte el alma—
por caminos sin premio ni esperanza.

Tú vienes, mujer,

como una diosa falsa;

como una diosa bella y enigmática:

tu figura tallada en el mármol del tiempo que pasa,

tu figura arropada en la duda,

tu figura tachada con niebla,

tu figura con humo de brasa,

tu figura intangible...;

garabateada...

Tú vienes, mujer...; y ¡qué pronto te marchas!

¡Nada!...

Dormir...

dormir, eternamente, en un sueño fantástico,
reposar en un lecho de flores cortadas en el alba;
en el último alba...;

y, en una noche eterna,

saber que existe un cielo, una morada
en la que acabe, al fin, nuestro desvelo,
para soñar sin fin...

¡Oh la enramada de mi ventana al cielo!...;

¡cómo aparto sus hojas con el alma!...

Dormir...

cerrar profundamente,

estos ojos que duelen porque amaron las cosas terrenales,
las cosas que eran malas...

¡Dormir junto a la madre muerta!...:

volver a sus entrañas..., en la noche sin fondo; de permanencia larga...,

y ser, tan sólo, esencia en la mente de Dios;

ser parte de la nada y parte del misterio

que lleva, en sí, la creación: ¡su hermana!...

Ser un poquito Dios... y un poco nada...

Dormir...

mecerse en una noche sin lujurias,

sin sexo, sin conciencia;

en fin, lo he dicho ya: ¡ser nada!;

pero ser nada en Dios...:

¡eternamente nada!...

Los hombres y las cosas

"Me asesináis todas las cosas"
(Rilke)

¿Qué tenéis contra mí?
¿que no os prefiero?...
Quién pudiera decir: "¡yo no os conozco;
tan sólo sé los nombres y apellidos de las cosas!"
Las cosas me prefieren, yo prefiero las cosas.
¡Las cosas; no vosotros!...
¡No me diréis, por Dios, que soy un hombre
como vosotros, hombres;
con ojos, piernas, brazos,
cabeza, tronco... y seso
de inteligencia fría!
¿Qué más os da que yo prefiera
mirar el mar el sol, el infinito?
¡Vosotros sois tan poco;
vosotros, hombres, me parecéis tan pequeñitos!
Las cosas para mí, yo por las cosas...
Un árbol, ¿no es mejor que un hombrecillo?
¡Pobres hombres, tan necios, presumidos!...
Vosotros, hombres..., ¡qué vacíos!
sabiendo hablar apenas decís algo:
¡mucho más habla el río!...;
¿no dicen más también la flor,
la escarcha, el lago, el fuego,
la solemne belleza de los riscos?...

Mandamiento de Dios:

“Ama a tu prójimo

de igual manera que a ti mismo”.

(¡Pero si yo, Señor, no quiero nada con mí mismo!)

En fin; si Vos mandáis, Señor,

diré en mi beneficio:

“¡yo amo a los hombres!”

Perdóname, Señor, si he sido torpe;

perdóname, Señor, si he sido impío.

¡Los hombres!...

Todas las cosas de este mundo,
pensando bien ahora, no son nada

porque no tienen alma tan divina

como los seres a tu imagen,

los recortados en tu propio Hijo.

¡Los hombres!...

Señor, yo amo a los hombres;

pero díles, Señor, que no parezcan tan locos y mezquinos.

